

Patricia SPESSOT

DESTELLOS DEL PAISAJE | 27 de marzo - Museo Estevez

Un ensayo -visual - para la llanura

**Can a man cling only to heaven
And know nothing on earth?
They are correlative: to know one
Is to know the other.
To refuse one
Is to refuse both.**

***The way of Chuang Tzu*
Thomas Merton**

Dicen que la mirada se pierde en el horizonte. Pero ¿qué pasa con ella cuando se pierde? ¿Camina en círculos, como nos sucede a nosotros —personas y animales— al desorientarnos? Si nos paramos en medio de la pampa, el horizonte es un «círculo que, por ilusión óptica, junta a lo lejos el cielo gris con la llanura», según palabras de Juan José Saer.

Pero la mirada, al perderse en ese círculo, se desconcentra: pierde su centro y se reparte; se dispersa, se esparce y se fragmenta.

En esta instalación, que además de ser obra funciona como tesis doctoral, Patricia Spessot indaga sobre el horizonte, el paisaje y la mirada. La mirada perdida que se refracta y descompone, como si atravesase un prisma. Esas miradas fragmentarias, destellos del paisaje,

Spessot las vuelve a reunir mediante el montaje. Para prepararse para esta operación, la artista recurre a Saer, quien le permite reencontrarse con lo que ya estaba en ella: la visión de la llanura, de la pampa, de la «tierra chata y monótona».

Dice Saer: «Lo singular de la llanura no es su horizonte infinito, sino su capacidad de perturbar, de muchas maneras, nuestras percepciones. La primera manera de hacerlo viene del espacio infinito y desmedido que facilita la proliferación de lo idéntico». La segunda manera, para el escritor serodinese, es que la llanura vuelve abstracto aquello que se encuentra en ella: los objetos o personas se aplanan, convirtiéndose en figuras geométricas o meros puntos en la inmensidad. Estas dos operaciones —la proliferación y la abstracción— son las que, junto con el montaje,

emplea Spessot en su obra. Después de todo, la etimología de abstraer es separar, arrastrar. La artista separa y junta, reordena y compone los fragmentos de la mirada en un nuevo orden.

El término horizonte proviene de una palabra griega que significa límite, separación o frontera. Pero, por el mismo movimiento con que el horizonte divide la tierra del cielo, también los une. Son inseparables, como el yin y el yang; no hay uno sin el otro. Tanto en la pampa como en la costa del mar, el horizonte se presenta ante nuestra vista como el encuentro de dos planos heterogéneos que conforman una unidad. Es un montaje —el primer montaje—, aquel que desde niños se constituye como nuestra referencia visual y organiza nuestras percepciones y nuestro pensamiento.

Por supuesto, el corte es solo idealmente una línea. Si uno mira atentamente, descubre una banda, una franja en la cual el cielo y la tierra se penetran mutuamente, se funden. «Un borroneo leve», para usar palabras de Saer. En ocasiones, el límite se diluye y se vaporiza. No sabemos si son nubes bajas o montañas, dónde termina el mar y comienza el cielo; a veces, la bruma o la niebla borran toda noción de límite. Perdida la orientación y la referencia, nos demoramos en la pura contemplación: la experiencia estética.

La instalación de Spessot alterna entre límites precisos y cortes abruptos (los marcos, los vidrios, las hojas de papel) y los límites húmedos de la acuarela. Los colores se mezclan y se difunden sobre el papel como si no hubiese intervención humana. La mirada de la artista se dispersa, se refracta y multiplica los montajes; es decir, los horizontes. Pero, además, esa mirada, cuando se pierde en el horizonte, vuelve sobre sus pasos para encontrar referencia. Retorna entonces a fotografías tomadas hace diez años o más, buscando allí una guía o un estímulo para su trabajo con la acuarela. En su obra, Spessot compone una instalación visualmente fascinante donde se conjugan lecturas y memorias, vivencias infantiles y práctica artística; el pensamiento que surge, finalmente, de la mirada perdida en el horizonte de la llanura.

El horizonte es, además, aquello que no se alcanza nunca. Por más que avancemos, se mantiene siempre a la misma distancia. Por eso podemos usarlo como metáfora de la práctica artística: de obra en obra, el artista va en busca de algo que no alcanza jamás y, en ese recorrido, crea un paisaje.

Daniel García
Rosario, marzo de 2026